Días de ira

Días de ira
Ángel Oliva González

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788417952174

Maquetación, diseño y producción
© 2019 Ángel Oliva González
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

DÍAS DE IRA

Ángel Oliva González

A mi amiga Maribel Espina,
por informatizar esta novela. Gracias, Maribel.

Las vías del ferrocarril, brillando al sol, huían desde el apeadero de El Cono hasta el punto de fuga del horizonte para, luego, volver en forma de tren a las tres y media. Llegaba, frenaba, chirriaba y se paraba. Se abrió la puerta y, primero, asomó la mano izquierda, que se agarró al pasamano; después, un pie y el pico de una maleta y, luego, la barriga con la camisa desabrochada. Finalmente apareció el individuo entero: un tío bastante desastroso, medio calvo, con unas gafillas redondas y barba de dos o tres días. La cinturilla del pantalón se le volvía enseñando el forro. Entró en el apeadero y se dirigió a la ventanilla.

—¿Cuándo pasa el autobús? —preguntó al expendedor soltando la maleta.

—Aquí no hay autobús.

—¿Cómo se va al pueblo?

—Andando.

—¿Está muy lejos?

—A cinco kilómetros.

—¿Por ahí?

—Por ahí.

Cogió la maleta y enfiló la carretera de tierra que llevaba al pueblo. Este no se veía porque una loma en medio del camino se lo impedía, pero una vez ascendida, se veía allá en el fondo, en la ladera de un monte. Se componía de una iglesia y un centenar de casas apelotonadas a su alrededor que más parecían sostenerla que no sus vecinas. No sé por qué me mandan aquí, pensó. Cuando llegó, sudoroso y resollando, se dirigió a la iglesia. Subió los cinco escalones que la separaban de la calle y soltó la maleta en el último. Empujó la puerta, que se cimbró, pero no se abrió.

—¿Sabe dónde está la alcaldía? —le preguntó a una vieja que lo miraba desde la sombra con un ojo guiñado.

La vieja le señaló la casa de enfrente.

—¿Sabe si está el alcalde?

—Aquí no hay alcalde.

—¿Sabe cómo se abre la iglesia?

—Dele una patada a la puerta.

—Soy el cura, ¿sabe?

Agarró el pomo de una hoja de la puerta y le dio una patada a la otra. La puerta tembló y se abrió. De momento no vio nada, la luz solar le impedía ver en la oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra vio al fondo el altar con una cruz que colgaba de él milagrosamente y a los lados una imagen del Corazón de Jesús y otra de María Santísima, ambas cubiertas de mierda de palomos y murciélagos. Su puta madre, musitó sin saberse si se refería al estropicio o al obispo. Tocó las palmas y espantó a los palomos, que salieron por una vidriera sin cristales. Echar a los murciélagos le costó más. Golpeó los bancos, tocó las palmas y le lanzó cascotes de yeso. Se fueron por la vidriera, pero algunos se escondieron detrás del altar. Por una puerta lateral que había en el baptisterio entró en la sacristía y salió enseguida; aquello era un vertedero. Cogió la maleta y salió a la calle. La vieja seguía allí.

—¿Sabe dónde hay una pensión?

—Allí —dijo señalando la calle del fondo—. La casa del ahorcado. Tiene un balcón.

—Gracias.

Se dirigió a la casa que le habían indicado. A su llamada le respondió otra vieja; ésta más amable.

—Hola, hijo, ¿qué desea?

—Me han dicho que tiene habitaciones.

—Si; una.

—¿La alquila?

—Claro. ¿Para cuánto tiempo?

—No lo sé. Soy el cura y la iglesia está hecha una cochambre. Hasta que la arregle estaré aquí.

—No se preocupe. Aquí estará como en su casa. ¿Comida también?

—¿La da?

—Si quiere, sí.

—Sí.

—Suba, le voy a enseñar su habitación.

La habitación era la del balcón. Se componía de una cama, una mesilla de noche con una lamparita y una bombilla que colgaba del techo. En la pared de los pies había un ropero de madera. La vieja abrió el balcón.

—El cuarto de baño está al fondo del pasillo. La comida se la serviré a la hora que usted diga; estamos los dos solos. Ahora, mientras usted deshace la maleta, voy a preparar café. ¿Quiere un cafelito?

—Gracias. ¿Cuánto me va a costar?

—No se preocupe; ya nos las apañaremos.

Deshizo la maleta. Colgó en el ropero un par de pantalones, un par de camisas y una chaqueta. En el cajón metió un par de mudas y un jersey, varios pares de calcetines y encima de la mesita de noche colocó un Nuevo Testamento y una novela de G. Bernanos: Diario de un Cura Rural. Cuando bajó, la anciana tenía los dos cafés en la mesa.

—¿Usted vive sola? —le preguntó.

—Si.

—¿No tiene marido ni hijos?

—Soy viuda y tengo un hijo, pero está siempre fuera. Es actor.

El cura se la quedó mirando. Era una anciana con cara bonachona, un moño gris recogido en la nuca y unas gafas de miope con montura de acero. Vestía de negro con un delantal de rayitas grises.

—¿Cómo se llama?

—Teresa.

—Teresa, ¿conoce a alguien que me pueda ayudar a limpiar la iglesia?

—Si, Sabino.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—No se preocupe, él le encontrará a usted.

Hubo un silencio en el que el cura observó la salita en la que estaban: la mesa camilla donde estaban sentados; un sofá debajo de una ventana con visillos; tres o cuatro sillas; una cómoda con un pequeño televisor y algunos cuadros en la pared. Del techo colgaba una lámpara de plástico. La casa humilde de una viuda de poca pensión.

—¿Por qué le llaman la casa del ahorcado?

—Es una leyenda. Aquí vivía un jornalero que tenía una mujer muy guapa. Era ignorante, pero muy fuerte. El dueño de la hacienda donde él trabajaba se enamoró de ella y la asediaba constantemente haciéndole muchos regalos. Él no se daba cuenta del cortejo pero ya era comidilla en el pueblo. Un día llegó a su casa y encontró a su mujer acostada con el amo. No dijo nada. Bajó sin que ellos se dieran cuenta, cogió una cuerda y le hizo un lazo corredizo. Con sigilo subió y entró en el dormitorio. Los adúlteros seguían en el toma y daca amoroso ajenos a toda preocupación. Con presteza le paso el lazo al amo por la cabeza y tiró con fuerza. El amo soltó un gruñido y empujó con las caderas fuertemente. Ella, con los ojos cerrados, esperaba la eyaculación, cuando los abrió, vio a su marido sonriendo y apretando la cuerda. El amo, rojo como una amapola, sacaba la lengua en los estertores de la muerte. La mujer no pudo aguantar la visión y se desmayó. Diego, que así se llamaba el gañán, colgó de una viga al amo y a ella la estranguló. Dicen que lloraba como un

niño abrazado a ella. Leyenda. En todos los pueblos hay un cuento parecido. Usted no será supersticioso, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Ocurrió en su cuarto.

—No.

—No me ha dicho como se llama.

—Juan.

El cura se fijó en una figurita de color verde que había encima de la cómoda. Tenía alas, patas y garras, boca sonriente y maligna y el pene tieso. La anciana observaba al cura.

—¿Sabe quién es?

—No. Es de mi hijo.

—Pazazu. El demonio.

El silencio los envolvió otra vez. Juan, con el brazo en la mesa y tocando la taza con los dedos, dio una cabezada. El calor y la caminata lo habían cansado. El frescor de la salita lo venció y, como no pensaba iniciar el trabajo hasta el día siguiente, se abandonó. El sopor se apoderó de él y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Teresa lo miraba maternalmente.

La puerta de la cocina daba a la salita. Una cocina pequeña con una barra de neón en el techo que esparcía una

luz lechosa sobre los cacharros y que proyectaba un rectángulo de luz sobre la mesa camilla y el cura. Teresa preparaba la cena en una hornilla de butano mientras por las calles del pueblo aparecía el crepúsculo. Juan se despertó. Se pasó la lengua por los labios y buscó a Teresa. La vio en la cocina: bajita, rechoncha y con el moño en la nuca.

—¿Ya se despertó? —le preguntó sin volverse.

—Estoy cansado.

—Pues la cena ya va a estar. No tendrá más que cenar y acostarse.

Cenaron hablando trivialidades y ella le explicó que, debido a las artrosis de las rodillas, le costaba mucho subir las escaleras y que por eso había puesto su dormitorio en la habitación del patio. La habitación que había a continuación de la de él era la de su hijo. Se la tenía preparada para cuando se le ocurriera venir.

—Teresa, por mi no tiene por qué subir la escaleras. Yo haré mi habitación. ¿Viene a menudo su hijo?

—No; de muy tarde en muy tarde. Su trabajo lo tiene siempre muy lejos. La farándula en la que va es ambulante. Va de pueblo en pueblo, pero como éste es muy pequeño, pues no viene nunca.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Cuarenta años.

—¿Y desde cuándo es viuda?

—Desde siempre —dijo con una sonrisa—. Mi marido murió de un infarto la noche de bodas.

—¿Qué edad tenía usted cuando se casó?

—Dieciocho años.

—¿Y ahora?

—Setenta y cinco.

Un hijo espurio, pensó el cura, pero dijo:

—Ha tenido usted que trabajar mucho para sacarlo adelante.

—Mucho.

—Teresa, ¿desde cuándo no se usa la iglesia?

—Desde hace veinte años o más. Aquí había un cura que decía misa, echaba sermones, rezaba el rosario por la tarde... Tocaba la campana y la gente acudía, principalmente mujeres. Pero un día desapareció y hasta hoy. Al principio las mujeres seguían yendo a la iglesia a rezar, pero los jóvenes se metieron en ella a fumar porros y drogarse y las espantaron. Entonces el alcalde que había aquí la cerró y guardó la llave. Luego fueron los niños. Rompieron la ventana de la sacristía y se colaron. Lo revolvieron todo y lo pusieron patas arriba. También se hartaron y se fueron. Y ahora es un

vertedero. Todo el que tiene un tiesto y no sabe qué hacer con él lo arroja por la ventana a la sacristía.

El cura la escuchaba despechado. Había sido desterrado allí por defender la homosexualidad. Esperaba que Dios le diera fuerza para medio enderezar aquello.

—Creo que es hora de acostarse —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se levantó y se dirigió a su cuarto. Acostado, observó que por debajo de la puerta se veía una raya de luz verde fosforescente. Se quedó dormido pensando por donde sería mejor empezar la limpieza, si por la iglesia o por la sacristía.

Al día siguiente, en el desayuno, le preguntó a Teresa dónde podría comprar útiles de limpieza.

—En la placita de la iglesia hay una ferretería.

Una ferretería pequeña donde había dos chicas y el dependiente. Entró y dio los buenos días.

—Soy el cura—dijo—. Quería algunos útiles para limpiar la iglesia.

Las chicas y el dependiente lo miraron y le sonrieron.

—Dígame.

—Un par de escobas, una pala, una espuerta y, si es posible, un carrillo de mano. También un recogedor.

—El carrillo no lo tenemos, pero espere.

Salió y al poco tiempo volvió con uno.

—Tenga, se lo presto.

Le entregó las escobas, la espuerta, la pala y, por encima del mostrador, el recogedor.

—¿Cuánto es?

—Nada.

—Cómo que nada.

—Es para la iglesia, ¿no? Queremos colaborar.

Y le hizo un guiño a las chicas. Estas se echaron a reír. El cura lo cargó todo en el carrillo y se dirigió a la iglesia. Sentado en los escalones estaba Sabino. Se levantó y le cogió el carrillo.

—¿Tú eres Sabino?

—Si.

—¿Me vas a ayudar?

—Padre, lo esté al una está— contestó atropelladamente.

Un retrasado mental, pensó el cura.

Ven, vamos a barrer la iglesia. Empecemos por aquí.

De nuevo tuvo que espantar a los palomos y murciélagos.

En el primer montón de guano que hicieron encontraron un rosario y un pendiente de oro. Los limpió y se los guardó. Habían empezado por el altar y no le gustaba como estaba quedando. Detrás de ellos las imágenes y el mismo altar seguían llenos de mierda. Bueno, barrerían primero y los lavarían después con agua y jabón. Tendrían que procurarse escaleras. Pero lo incuestionable era acristalar la vidriera pues, si no, los palomos y los otros bichos seguirían entrando y sería el cuento de nunca acabar. Le preguntaría al ferretero si tenía cristales. Los cristales eran de colores: rojo, azul y amarillo. La vidriera formaba un rosetón de nueve cristales en forma de pétalos que se irradiaban desde un círculo central de cristal blanco. Faltaban tres y como eran de colores dudaba de que el ferretero los tuviera. Los pondría, aunque fuera sin color. Moviendo la cabeza fue a preguntarle. El ferretero con su mejor sonrisa le dijo que sí los tenía y que él mismo se los colocaría. ¿Y escaleras? Las que quiera. Cuando colocara los cristales, le dejaría las escaleras.

—¿Cuándo va a ser?

—Esta misma tarde.

Se volvió muy contento. Sabino, montado encima del altar, le estaba limpiando la cabeza al Corazón de Jesús.

—Sabino, deja eso ahora. Vamos a barrer primero.

—Huya van pueblo cura noche detrás—dijo guturalmente.

—Vale.

Al mediodía tenían media iglesia barrida. Cuando fue a almorzar Teresa le dijo:

—Está muy contento. ¿Le cunde el trabajo?

—Si. Creo que en un par de días estará lista la iglesia. Es muy diligente Sabino. ¿Qué le pasa?

—Es subnormal—. Le ayuda a la gente en sus quehaceres y de eso vive. El pueblo lo aprecia.

—No se le entiende lo que habla.

—¿Le ha hablado? Nunca lo ha hecho. Creíamos que era mudo.

Teresa se quedó mirando fijamente a Juan. Este, inclinado sobre el plato, no se dio cuenta de que las pupilas de la anciana se habían convertido en dos rayitas.

—A mí me parece que me ha hablado. Quizás no sean más que gruñidos.

—Eso es, gruñidos.

El cura estaba seguro de que, cuando le preguntó si era Sabino, le contestó sí claramente. Un soplo de aire entró por

la ventana levantando los visillos. El aire venía impregnado en olor a jazmines. Juan alzó la cabeza y vio un patio cercado de arriates con jazmines y geranios.

—¿Cuánto cree que le debo pagar a Sabino?

—Dele para comer.

Le daré algo más; tiene que vestir también, pensó. Le pagaré como si estuviera en una empresa: salario, partes alícuotas de pagas, vacaciones y despido. Iglesia el Cono, S.L. Y se sonrió.

—¿Dónde vive?

—Vive con su hermana. ¿Se va a echar una siestecita? Hace mucho calor para ponerse ahora a trabajar. Échese ahí en el sofá.

—No sé si debo. Sabino me estará esperando.

—A él le da igual. Qué descanse también.

Juan pasó de la silla al sofá. Se recostó, puso las manos entrelazadas en la barriga y, poco después, se le cayó la cabeza sobre el pecho con la respiración acompasada. Un chivo asomó la cabeza por la ventana. La anciana lo espantó con la mano.

De vuelta a la iglesia, Sabino lo esperaba sentado en los escalones a pleno sol.

—¿No tienes calor, Sabino?

—De a está lo de del —respondió con voz ronca.

Es un galimatías, pero son palabras, pensó el cura. Se introdujeron en la iglesia a seguir la faena. Dentro se encontraron al ferretero subido en una escalera larga colocando los cristales.

—Sabino —gritó el ferretero—, tírame ese paquete de masilla.

Sabino cogió el paquete de masilla del suelo y se lo lanzó. El ferretero lo cogió al vuelo.

—¿Cómo queda padre?

— Muy bien —le sonrió el cura.

—Ya que estoy aquí le voy a limpiar la tronera. Sabino, tírame la escoba, y un trapo.

Sabino le lanzó la escoba y el trapo. Limpió los cristales y después barrió el hueco de la cristalera. Sabino huyó de la lluvia de polvo y cagadas de palomos que caían sobre los bancos de madera.

—Esto va a quedar como los chorros del oro—dijo el cura sonriendo.

El ferretero bajó de la escalera se puso en la pared de enfrente con las manos en el cuadril y miró la vidriera. Hizo un gesto de aprobación y dijo:

—Lista. Ya no entrarán más los palomos. Ahí le dejo la escalera.

—Gracias.

Y se fue. Juan y Sabino empezaron a barrer. Llenaban la espuerta de basura, la volcaban en el carrillo, que estaba en la calle para evitar subir y bajar escalones, y, cuando estaba lleno, Sabino lo llevaba al prado que había detrás de la iglesia y lo vaciaba. Cuando se puso el sol y en la iglesia apenas se veía dieron por finalizada la jornada.

—Ya basta por hoy, Sabino —dijo el cura—. Recoge los tiestos y cierra la iglesia. Mañana continuaremos.

—Aquí matar endemoniado torturaron luna altar —respondió Sabino con su voz ronca.

—¿Qué dices?

Sabino movió la cabeza a derecha e izquierda con las venas del cuello hinchadas y la lengua entre los dientes, pero fue incapaz de articular palabra. El cura se dirigió a la pensión dándose manotazos en los pantalones, sacudiéndose el polvo. Iba pensando que un día se pararía a hablar con Sabino para tratar de averiguar qué le quería decir. Lo que tenia cierto era que se hacía el mudo delante de la gente, pues

mientras estuvo allí el ferretero no soltó una palabra. En la pensión se duchó, se afeitó, sé cambió de ropa y, mientras lo hacía, pensó por qué el obispo había tenido a aquel pueblo tanto tiempo sin párroco. Que a él lo habían destinado allí por disidente era seguro, pero pueblecitos como éste los había a montones y a ninguno le faltaba el cura. Tendría que averiguar por qué. Como no tenía mucha ropa hizo un lio con la que se había quitado y la bajó para que Teresa se la lavara. Teresa estaba en la salita sentada con la mesa puesta esperándole. Él llegó con el hato y le preguntó:

—Teresa, ¿me puede lavar esta ropa?

—Claro, hijo —y le sonrió—. Ya está la cena.

Mientras cenaban, el cura le preguntó si ella sabía por qué el pueblo había estado tanto tiempo sin sacerdote. Ella le dijo que no, que no lo sabía. Cuando el otro cura desapareció, esperaron dos años para ver si volvía, pero en vista de que no, comisionaron a una junta para que fuera a ver al obispo y le pidiera explicaciones. Su sorpresa fue mayúscula cuando el obispo le dijo que ignoraba que allí no hubiera párroco. Llamó al secretario y le preguntó quién era el párroco de allí y por qué no estaba. El secretario dijo:

—Es Ernesto y no sé por qué no está allí. ¿Hace mucho que falta?

—Dos años.

Se encogió de hombros con cara de asombro. El obispo los miró muy serio.

—Esto va a pasar a la policía—dijo—. Ya se le dará una respuesta.

La policía estuvo por aquí preguntando a la gente, pero nadie sabía nada. Algunos dijeron que les parecía haberlo visto en la capital. Pasó el tiempo y por aquí no aparecía nadie. Se le escribió al obispado y nos contestó que el caso estaba en manos del papa. Y hasta ayer, que vino usted. Juan se sonrió. En manos del papa...

—¿Qué cree usted que pudo haber pasado? ¿Los curas desaparecen así de sus iglesias?

—No, nunca. Es el primer caso que oigo. Puede que le ocurriera un accidente. Trataré de averiguar quién es su familia y le preguntaré.

—Lo veo difícil porque él era argentino y no tenía a ningún familiar aquí.

Juan agachó la cabeza. Quizás huyó a su país abrumado por algún delito, un robo, un crimen, un adulterio...

—¿Cómo era?

—Una excelente persona. Un santo. Nunca se oyó ninguna queja de él. Y muy caritativo. Si Sabino hablara podría decirnos muchas cosas de él, pues era como su padre.

Sabino habla, pensó Juan. Lo averiguaré con él. Siguieron comiendo en silencio. El televisor daba las noticias. Nada nuevo: accidentes, robos, guerras y políticos corruptos.

—El ferretero me ha dado los útiles de la limpieza y ha arreglado la vidriera. Se ha mostrado muy solicito; quiere colaborar con la parroquia. ¿Es religiosa la gente de aquí?

—Mucho.

—Espero no estropearle su religiosidad —dijo con una media sonrisa—. Bien. Mañana seguiremos con la limpieza. Me voy a la cama.

Subió las escaleras y se metió en su cuarto. En vez de encender la bombilla, fue a la mesilla de noche y encendió la lamparita, pero antes se fijó que por debajo de la puerta aparecía la raya de luz verde. La abrió para ver de dónde procedía, pero no vio nada: el pasillo estaba oscuro y silencioso. De la ventana que había enfrente de su puerta venía la luz tenue de las estrellas. Seguramente tiene la puerta el canto pintado de ese color para que se vea en la oscuridad. Un ahorro de luz pensó. Se acostó. Cavilando en la desaparición del cura se durmió. De madrugada sintió un agobio que le asfixiaba, como si alguien estuviera encima de él. Se despertó sobresaltado y vio toda la habitación de verde fosforescente. Se restregó los ojos y empezó a toser. Aquello era como humo. Se levantó y abrió el balcón. Aquel humo empezó a salir, pero antes de fugarse por el balcón, se convertía en amarillo y luego en rojo. Abrió la puerta y vio que el pasillo seguía en silencio y a oscuras. Encendió la luz. Nada. Todo

parecía normal. Habrá sido una pesadilla, se dijo. Y se acostó de nuevo. Durmió de un tirón hasta por la mañana. En el desayuno se lo contó a Teresa y ésta, con sonrisa complaciente, le dijo que se le había metido en la cabeza el polvo y los colorines de la vidriera.

—Es posible —contestó.

En la puerta de la iglesia le esperaba Sabino.

—Padre, lo esté al una está —lo saludó.

—Buenos días, Sabino. Vamos a empezar la tarea.

Comenzaron a limpiar. Ya no les quedaba más que un cuarto de iglesia. Después le meterían mano a la sacristía. Mientras barría, pensó que él no le había dicho nada a Teresa de la vidriera y, sin embargo, lo sabía. Quizás haya hablado con el ferretero. ¿O se lo había dicho él? Frunció el ceño. Qué le pasaba. No se acordaba de lo que había hablado con Teresa, se encogió de hombros y siguió barriendo. Sabino se le acercó con un rosario en la mano. Este acababa el quinto misterio en un cuerno en vez de en una cruz. Juan lo observó atentamente y vio que las medallitas de los misterios eran estrellas de cinco puntas. Miró a Sabino. Este dijo:

—Huya van pueblo cura noche detrás.

—No te entiendo, hijo. ¿Dónde lo has encontrado?

Sabino señaló debajo de un banco. Se lo guardó. Para el mediodía ya habían terminado de barrer la iglesia. Ahora

quedaba lo más arduo: limpiar el altar, las imágenes, los bancos, y el viacrucis que había en las paredes: siete estaciones en una y siete en la otra. Y, quizás, encalarlas. Eso podía esperar. Lo importante era empezar cuanto antes los oficios divinos, así que en vez de limpiar él y Sabino le encargaría la limpieza de las imágenes a algunas mujeres. Ellas lo hacen mejor. En el almuerzo le preguntó a Teresa:

—¿Conoce a algunas mujeres que quieran limpiar la iglesia?

—Sí. Todas estarán dispuestas a hacerlo. Yo misma lo haría si me lo permitieran las piernas.

Juan se asombró. Cómo un pueblo tan devoto había podido estar tanto tiempo sin oficios divinos.

—¿Cuáles me indica usted?

—Yo se las enviaré. ¿Para cuándo las quiere?

—Para mañana.

—De acuerdo.

Aquella tarde, después del almuerzo, le metieron mano a la sacristía. Primero recogieron todas las sillas rotas, cartones, trozos de manguera de plástico y cables, cajones, cubos rotos, botellas y bolsas de basura e hicieron con todo una pila detrás de la iglesia donde habían tirado el guano y le prendieron fuego. Después arremetieron con los escombros que la gente había tirado allí. Empezaron por los más gordos y

los cargaron en el carrillo para tirarlos al barranco de detrás de la iglesia. La gente había tirado hasta piezas de cuarto de baño. Juan no llegaba a comprender por qué los habían echado allí cuando les hubiera costado lo mismo tirarlos donde ellos lo estaban haciendo. Miró a Sabino con cara de incomprensión.

—De a está lo de del —dijo.

El cura movió la cabeza y siguió cargando escombros. "A veces el demonio se sirve de las cosas más insignificantes para imponer su voluntad, se decía. Molestar y hacer las cosas mal es su cometido. La dualidad del bien y el mal que llevamos inmersa en nuestro espíritu es lo que nos mantiene en continua discrepancia con nosotros mismos. Haber tirado los escombros en el barranco hubiera sido obrar bien, pero ganó la inclinación perversa y los arrojaron dentro de la sacristía. "Durante toda la tarde estuvieron sacando escombros. Al ponerse el sol, dieron por terminada la jornada.

—Sabino, guarda el carrillo y cierra. Mañana continuaremos.

—Aquí matar endemoniado torturaron luna altar.

Durante la cena Juan le preguntó a Teresa si había buscado a las mujeres que iban a limpiar. Teresa le contestó que mañana por la mañana las tendría allí con cubos, bayetas y detergentes. También le preguntó por qué la gente había echado tantos escombros en la sacristía y no los había llevado al vertedero que había detrás de la iglesia.